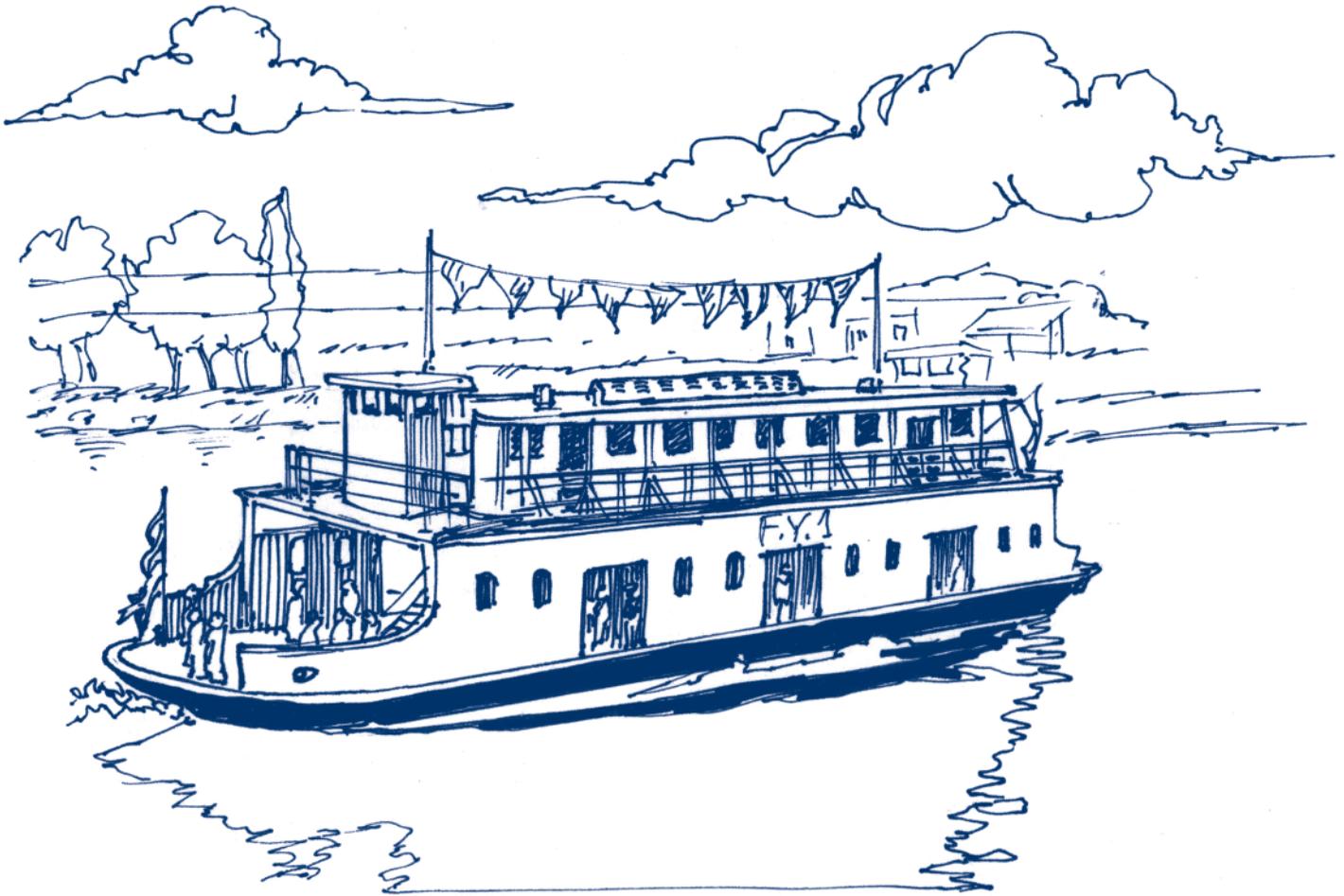


Verano del 66

Teniente de Navío (R) Daniel Molina Carranza

Ilustración de Pablo Benegas



Un cuento es una narración breve basada en un hecho real o ficticio, o a veces en la mezcla de ambas cosas. Puede estar narrado personalizándose el autor en uno de los personajes. La clave para atrapar al lector es hacerlo vivir como propia la trama que narramos.

Cuando el hecho principal es algo que se repite a través de los años, el cuento pasa a ser atemporal y cada lector lo sitúa en su vivencia.

Escribí verano del 66, para recordar nuestro ingreso a la Escuela Naval Militar, ese iniciarse en una vida nueva, dejando atrás lo que habíamos vivido, a veces con mucho dolor y nostalgia, pero dispuestos a un cambio radical de vida.

Algo aceptable únicamente a la edad que teníamos, porque a esa edad todos los cambios son aceptables y no existe el miedo a la equivocación.

Después de publicarlo y por los comentarios de marinos de diversas promociones descubrí que "verano del 66" no era un cuento nuestro sino la narración de algo que vivieron todas las promociones al ingresar a la Escuela, así que paso a convertirse en un cuento de todos.

Al encaminar nuestra vida a través del mundo marino que se abre en la Escuela Naval, hemos tenido el privilegio de esa experiencia común a todas las promociones de oficiales de la Armada

Por eso espero que se sientan identificados de una u otra manera y disfruten su lectura

El autor

....se quiebra mi voz en la estrepada,
 Pues de tanta emoción y recuerdos azocados
 La garganta es confusa galleta marinera y solo pido a Dios,
 de que, en tus olas,
 Quede al garete flotando mi mirada.....

Capitán Pedro Florido

Profesor de la Escuela Naval Militar

A la seis de la mañana del veinticuatro de enero en la Ciudad de Buenos Aires, el ambiente de la estación de trenes de Constitución semejaba un mundo de vapor mezclado con un profundo olor a combustible diésel de las locomotoras. En la estación cerrada por paredes y altos techos, flotaba una nube entre gris y blanca que envolvía los andenes y subía hasta lo más alto de la estación.

Ese verano era especialmente caluroso y húmedo, por lo que la ropa que usábamos esa mañana no era la más adecuada para el clima que vivíamos. En el andén un nutrido grupo de adolescentes, entre 16 y 20 años, con caras serias ante lo desconocido de ese día, formaban un grupo heterogéneo. Para poder llegar a este momento habían invertido horas de estudio y sacrificado salidas de diversión.

En mi caso particular, pese a que el horario de convocatoria nos había impuesto un madrugón, mi amigo de la infancia me había acompañado, desde lo que era mi domicilio temporal en el barrio porteño de Congreso hasta el andén de trenes, ayudándome a llevar una valija pequeña donde había acomodado mi ropa y elementos más necesarios.

Lo más loable de la actitud de mi amigo, era que estaba ahí para desearme suerte y un abrazo. Viajamos en subterráneo hasta la estación hablando de mil cosas, pero ahora que llegamos al andén del tren estábamos callados. De los dos, uno solo iba a subir al tren y eso nos dolía, siempre habíamos deseado subir juntos, pero no pudo ser.

Casi todos los jóvenes pasajeros estaban acompañados por sus familias, y más de uno se sentía avergon-

zado por los llantos de las madres, que parecían despedir a un hijo que marchaba a la guerra. Agradecí que mis padres y mi hermana estuvieran de vacaciones en la costa, eso me libraba de la vergüenza de algún llanto de despedida que no lo hubiera soportado. Miré para todos lados y me di cuenta que conocía a muy pocos de los futuros cadetes, únicamente ubicaba a los que habíamos preparado materias juntos, en una academia que capacitaba para el exigente examen de ingreso. Éramos un mundo diverso de muchachos, algunos imberbes aún, donde la variedad de nuestro vestuario delataba con bastante aproximación de dónde procedíamos.

Muchos vestidos con traje y corbata finita, algunos de saco azul y pantalón gris Oxford, típico uniforme de los colegios secundarios, donde aparecía algún escudito en el bolsillo superior del blazer que identificaba al colegio que habíamos pertenecido. Si uno miraba al suelo se mezclaban los mocasines con los zapatos abotinados, y me distraje mirando lo que acabo de describir, como forma de calmar los nervios. Nadie sabía muy bien como debíamos presentarnos a nuestro primer día de incorporación.

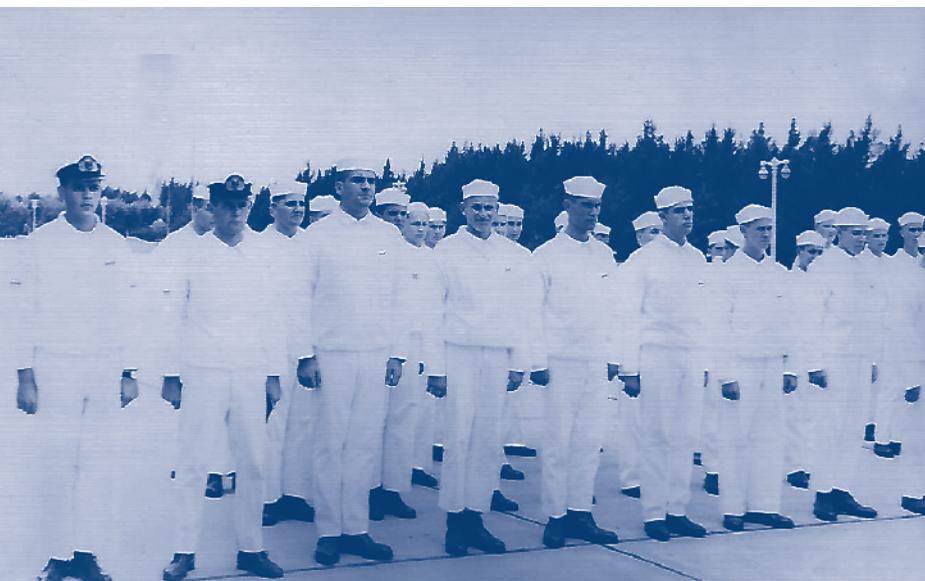
La voz marcial (según nos explicaron después que era una voz marcial, pero en el momento me parecían gritos) de los cadetes más antiguos que ya vestían uniforme, nos ordenaban subir al tren. Abracé a mi amigo a quien no vería por más de un mes, le encargué que cuidara de mi novia y de mi perro, que constituían mis amores, o al menos era lo que yo pensaba. Únicamente a un gran amigo se le encarga la novia, sobre todo alguien como yo que había leído *Los caballeros de la mesa redonda* (de la colección Robin Hood) y advertido de cómo Lancelot aprovecha la ausencia del rey Arturo para gozar del amor de Ginebra. ¿Sería yo el rey Arturo y mi amigo de la infancia Lancelot? Lo del perro me preocupaba menos dado la consabida fidelidad canina hacia su dueño.

En esta historia de caballeros y cuernos estaba pensando, cuando embarcábamos en los viejos vagones del ferrocarril General Roca, de duras ventanillas tipo guillotinas y ventiladores de techo inoperantes. Nos fuimos sentando como podíamos ante el apurón de los uniformados navales, mientras trataba de reconocer la cara de algún compañero de estudios con quien charlar, aunque no sabíamos si nos iban a dejar hablar en el tren. En el desborde de las corridas por el pasillo del vagón debí sentarme con quien me tocó en suerte.

Los asientos de a dos enfrentados constituían grupos de cuatro con una ventanilla de vidrio que se podía levantar y representaba la única fuente de aire fresco ante el inútil ventilador. En el contramarco de la ventanilla había una celosía metálica que si la bajábamos nos protegía del sol, pero nos quedaríamos sin luz.

Como transitábamos un 24 de enero, lo que en el hemisferio sur y cerca del río es igual a calor y humedad, esa sensación nos abrazaba. Nuestro destino era la





estación ferroviaria de Ensenada cerca del Puerto de La Plata para embarcarnos en un ferry. Las primeras gotas de sudor ya corrían por nuestra cara, aun así el rubio flaco que se sentó a mi frente se durmió ni bien el tren arrancó, lo que hizo con un golpe como si fuera un monstruo jurásico en celo, empujándonos a todos en un movimiento de inercia hacia adelante. No me animé a despertar al rubio que permanecía inalterable ante los movimientos bruscos para presentarme, pero el tucumano que estaba a mi lado enseguida me dio conversación y por eso dejé en paz al dormilón. El cuarto pasajero era un chico de barrio norte como yo, huérfano de un marino. Nos contó en el viaje que su padre, aviador naval, falleció en un accidente de servicio cuando él era muy chico. Vivía a pocas cuadras de mi casa, pero no nos habíamos visto nunca, posiblemente la causa de eso era que pasaba su tiempo libre en el campo de la familia en la provincia de Buenos Aires.

Como mis padres estaban de vacaciones yo había tenido que viajar a Buenos Aires desde la costa bonaerense y alojarme en la casa de mis padrinos, quienes se ofrecieron a acompañarme hasta Constitución, oferta que agradecí, pero rechacé con la excusa de que vendría mi amigo a despedirme.

Mi padrino que era un jefe de la Prefectura Naval ya retirado del servicio activo, estaba muy orgulloso por mi decisión de ser un cadete naval. A mi padre mucho no le había convencido mi elección, hubiera preferido que fuera abogado y contador como él, pero a instancias de no enfrentar a mi madre no se puso en contra. Creo que era una época en el cual a las mujeres les encantaba tener un hijo marino, era una profesión bien vista. Mi madre de chico me llevaba al departamento de unas amigas francesas, Ivon y Janette, que vivían en la avenida del Libertador frente al hipódromo para ver desfilan los cadetes de la Escuela Naval los días patrios.

Ya toda esa etapa de decisiones había pasado y estábamos embarcados en un tren que como un ciempiés mecánico nos llevaba a una estación casi histórica al lado del río Santiago, en un embarcadero que olía a petróleo y hasta donde los camalotes pintados de negro navegaban indiferentes a su contaminación, parecían naves piratas en un río pastoso. La imagen de los grandes petroleros amarrados en el muelle al lado de la estación, me quedó grabada de por vida, soñaba poder navegar un barco de esos por el mundo. En la otra costa del río un edificio enorme abandonado era el frigorífico de la Swift Argentina. Ya hacía años que estaba cerrado.

Tras la frenada tan brusca como el arranque del tren, empezaron nuevamente a gritar los cadetes uniformados que se sentían en territorio propio, y nos mandaron bajar del tren. Fue ahí donde tomé conciencia que por un mes, a quienes sobreviviéramos al período de reclutamiento, ese tren representaría nuestro único contacto con el mundo que dejábamos atrás, nuestros compañeros de colegio, nuestros padres y nuestras novias. No sé por qué, pero al pensar en eso apreté una medallita que me había regalado mi novia, de quien me había despedido en la playa de Chapadmalal.

Entonces rememoré todo. Como la conocí, que fue en un baile después de la elección de la reina de la belleza de los hoteles del estado que están en esa localidad, ella obtuvo el segundo puesto siendo coronada como princesa. Después del festejo general de la elección nuestra despedida fue en la playa. Le pedí el auto prestado a mi padre con el fin de alejarme del ruido de los hoteles y también lograr privacidad, alejando a mis amigos con la excusa de la despedida de mi vida civil.

Todos colaboraron: mi padre me prestó su automóvil, un "Rambler" colorado, y mis amigos se dispersaron entre los médanos con las chicas y las guitarras. Me quedé solo intimando en la playa con la chica que amaba, o por lo menos estaba convencido de desearla un montón. A esa edad los sentimientos se confunden y hasta el sexo inexperto era lo mejor del mundo. Por eso, en el momento que desembarcamos del tren apreté la foto de mi novia. También supe que todo cambiaría para mí y dudé si la decisión que había tomado de elegir la vida naval militar era la correcta.

Como me quedé en babia soñando (lo que me ocurría muy habitualmente) el grito de un uniformado me volvió a la realidad. "¡Muévase bípedo!" Aparentemente ese sería mi nuevo nombre. Nos hicieron formar frente al tren mientras los ferroviarios nos miraban divertidos.

Formamos por altura y el rubio flaco que dormía en el tren quedó a mi lado. Por primera vez reparó en mí y nos sonreímos. El otro muchacho que era mi vecino de barrio norte quedó al otro lado porque teníamos altura parecidas, busqué al tucumano, pero como era más bajo lo perdí en la multitud.

Embarcamos en un ferry gris que me llamó la atención porque era un barco sin proa ni popa, o mejor dicho tenía ambas cosas que se convertían en una u otra de acuerdo para donde fuéramos. Pintado en enormes letras en sus bandas la leyenda "FY3" que aparentemente era su señal descriptiva. Nos ubicaron en la cubierta de vehículos y zarpamos rumbo a la Escuela Naval en la isla de Río Santiago. Mirando por la borda libre pude ver a pescadores que en coloridos botes navegaban hacia la boca del canal del Puerto de La Plata, también fuimos superados por una lancha de práctico, que presurosa nos sobrepasó rumbo al río de la Plata llevando el práctico de puerto a bordo seguramente. Cruzamos algún velero del club náutico que también aprovechaba el verano caluroso para su travesía. Un par de chicas nos saludaron de la cubierta del velero, estaban en bikini (*Et Dieu... créa la femme*) y todas las hormonas de la adolescencia entraron en evolución (empecé a maldecir estar en ese horrible ferry y no en la cubierta del velero tan bien acompañado).

Sobre nuestro estribor quedaba el Liceo Naval, vacío de personal, dado que el cuerpo de cadetes estaba de licencia, y más atrás por un canal asomaba la Base Naval Río Santiago donde dormían recostados sobre su muelle los barcos de guerra que por su aspecto parecían material de la Segunda Guerra Mundial. Y así llegamos navegando al muelle de la Escuela Naval donde desembarcamos, siempre apurados.

Todo era apurado para mi gusto y me imagino que mucho más para los provincianos. "¡A correr!", todo se haría corriendo y otra vez a formar tratando de mantener el orden por estatura, hasta que alguna autoridad casi divina nos iba a dividir por grupos que llamaban divisiones. A partir de ese momento, el día fue una locura, buscar ropa al pañol de ropería, inspección médica, retirar vajilla y mil cosas más. Almorzamos algo que nos dijeron que era el rancho volante, que a mi entender era un huevo duro, dos empanadas frías y una banana.

A la tarde, recorrida para conocer la Escuela que nos albergaría los próximos años. Los dormitorios, la pileta de natación, el gimnasio, la pista de atletismo, el cine, la capilla, los talleres, la rada náutica y, finalmente, las aulas. Así fue pasando el día y nosotros siempre corriendo, ahora vestidos de blanco con unos durísimos borceguíes y unos ridículos birretes. Algunos empezaron a desfilarse por la peluquería donde como Sansón perderíamos junto con nuestro pelo y patillas el último atisbo de libertad sesentista. Esa noche, cenamos en un enorme comedor con largas mesas que eran encabezadas por un



cadete del último año, luego otra formación y a dormir en una cuadra enorme que llamaban dormitorio. Después de higienizarnos, nos acostamos y apagaron las luces, cayeron mis primeras lágrimas ahogadas durante el día. Luego me quedé profundamente dormido

Me acabo de despertar, y no veo a mis compañeros, nadie grita, miro el reloj y son las 7 de la mañana, a mi lado está la mujer que amo durmiendo, la beso y voy al baño. Me miro ante el espejo y veo un rostro que no es el mío, es el rostro de un hombre sesentón, el cabello canoso y las marcas de la edad en surcos que atraviesan la cara. Lo único que puedo identificar son mis ojos que permanecen casi iguales. Dos perritos ladran en la puerta del baño pidiendo que les abra el ventanal de jardín. Desciendo la escalera hasta un living amplio y abro el ventanal, una ola de calor penetra, estamos en verano.

Me muevo a la cocina donde la empleada me ha preparado un jugo de pomelo y café negro que me van a ayudar a recuperarme; estoy confundido. Miro el almanaque que anuncia enero 2016 y una marca plástica sobre el día 24.

—Buen día, señor —me saluda con una sonrisa.

—Buen día, Olga, la verdad es que hoy el calor va a ser insoportable.

—Sí, va ser un día difícil —me contesta— pero póngase contento que esta noche es la cena con sus compañeros de la marina, ¿no?

—Sí, creo que sí —mientras hablo me doy cuenta que he despertado de un sueño casi real— preocupada, la pobre Olga por el aspecto de mi rostro, me inquiere: —Pero, ¿qué le pasa, no se siente bien? — No, no es que me sienta bien o mal, sino que he soñado algo muy intenso, fue extraño, reviví un día de verano de 1966, qué loco, ¿no? Olga deja de trabajar y me mira preocupada. Entonces yo también la miro y sonrío y comento: —Pero creo que fue un día imborrable y extraordinario. ■